

Santiago, 22 de junio de 2022

Excelentísimo Sr. Presidente de la República, Don Gabriel Boric

Ex Presidentes de la República

Sres. Ministros de Estado

Sres. Rectores

Alcaldesa de la Ilustre Municipalidad de Santiago del Nuevo Extremo

Ex Presidenta del Instituto de Chile, Adriana Valdés

Académicos, académicas

Damas y caballeros

Inauguramos este año académico de 2022 con renovada fe en extraer fuerza de la trayectoria del Instituto de Chile con sus 58 años de existencia, antecedido por varias de sus academias, de la cual la Academia de la Lengua se fundó en 1885. Hoy día, reconocemos

vivamente por cierto la presencia y la próxima palabra del Sr. Presidente, que ha podido dejar sus acuciantes tareas de Estado para acompañarnos esta tarde.

La misión del Instituto -una entidad del Estado- consiste en acompañar con la palabra al pensar en el cultivo de las ciencias y de las artes, ambas en su sentido más amplio; en cooperación a la vida pública y con la sociedad discutidora y espontánea, que surgió del interés y de los dilemas para comprender la sociedad moderna. A fines del XIX ya había madurado la fase organizativa de nuestra república, y alumbraba la discusión acerca del carácter de la relación entre Estado y sociedad, alimentándose de argumentos y percepciones de la política mundial, esto es, las formas de colaborar a la identidad y a las potencialidades y límites de la sociedad humana y de cada uno de nuestros países.

Desde el siglo XVII al XIX la ciencia dio un brinco extraordinario y se legitimó como un fin en sí mismo. Doy esas fechas porque coinciden con el paso de la sociedad chilena, en sus bases ya formada en el siglo XVIII, hasta organizar la república y recibir más directamente el impacto cultural de la modernidad. Las ciencias y las artes adquirieron

dentro del país y de nuestro continente una autoridad que crece o se encoge, según las circunstancias, pero nunca se esfuma del todo y en general se transformó en uno de los horizontes de la sociedad chilena.

Como todos los logros humanos, no deja de tener sus ambigüedades. Mucho se ha planteado el caso de las ciencias en el siglo XX, desde la revolución en la física en el 1900 y más recientemente con el transhumanismo. La lista es larga.

Intelectuales, científicos y artistas finalmente ingresaron a una nueva realidad en el mundo moderno, como una autoridad del escenario en el globo. Dependían de un desarrollo desde una autonomía relativa y espontánea al interior del sistema social. La civilización moderna se reproducía en este sur del mundo, la que sacó a luz como parte de su ser una autocrítica, uno de sus rasgos más señalados en el pensar y el crear. Fue parte de lo que se ha llamado el surgimiento de las sociedades abiertas, que colaboran en la ampliación del espíritu e intelecto y, sin embargo, como es inevitable, no escapan a los dilemas morales de los humanos en la historia. Los intelectuales y su entorno a veces olvidan la condición de su existencia y contribuyen, ya sea a crear fórmulas radicales y conflictivas; o en la práctica de

ahondar las grietas potenciales siempre existentes, y finalizan por socavar el cimiento mismo de la espontaneidad de las ciencias y las artes.

En cambio, la alternativa más posible, la más rica en términos culturales según se ha comprobado a lo largo de tres siglos, es que en los debates y en la pugna por la identidad de esta cultura universal que ayudaron a construir, las fracturas se subliman en la discusión, en la con-versación, en la emulación y diferencia que constituyen la base racional y razonable de su propia existencia. De esta manera el mundo científico y artístico denuncia y a la vez es parte inalienable de los desgarros de la modernidad, que también constituyen la base de su explosión creativa.

Desde su creación en 1964, el Instituto debe asumir como un deber propio el contribuir a esta distinción, y acompañar con palabra sensata e iluminadora la vida cultural y pública del país, y como esta absorbe las marejadas de ideas y sentimientos que arriban del mundo. ¿Qué podemos decir ahora en esta tercera década del siglo XXI?

Nos limitaremos a nuestra nación, si bien esta, como es natural, articula sus ideas y sentimientos de acuerdo a las oleadas mundiales a que se aludía. Si pensamos un instante, ni Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Vicente Huidobro o Nicanor Parra existirían como poetas fuera del radio del lenguaje de la modernidad, el que no renuncia a una recreación original, trasluciendo asimismo una experiencia particular. Es mucho lo que podríamos comentar acerca de nuestro país, Y por cierto no es el momento de hacerlo. Sólo permítame, señor Presidente, referirme a dos aspectos que debieran ser preocupación de una institución como ésta y que, estoy seguro, también están en su propia lista de desvelos.

En relación a las ciencias y a las disciplinas de estudio, recojo lo que está en tanta discusión desde hace no pocos años. En el 2019 me tocó participar en un debate por la eliminación de la obligatoriedad de la enseñanza de la historia en los últimos cursos de la enseñanza media, decisión transversal en lo político, hasta donde uno lo sabe, que resultó una pugna entre dos disciplinas humanistas y, a su vez, como rivalidad con las ciencias naturales o exactas.

Considero que de esta manera el problema estaba pésimamente mal planteado, en lo que intervinieron moros y cristianos. Porque las humanidades y las ciencias exactas son como dos cuerpos de la misma alma. Lo que hay en Chile, asumiendo completamente, lo que se dice hace tantísimo tiempo, es una deficiencia en la calidad, en el hacer bien hecho de las pequeñas tareas diarias.

Soy el primero en participar de la idea que en Chile hacen falta más ciencia tanto pura como aplicada. En el último medio siglo ha habido un considerable avance en el cultivo de la ciencia en la educación superior. Mas, repitiendo lo que se afirma desde hace mucho tiempo, la deficiencia viene de la infancia y la adolescencia, la educación básica y la media; hoy se pone también el énfasis en la preescolar. Falta entusiasmo científico en esta etapa, así como equilibrar el sentido práctico de la ciencia con su estudio teórico, porque entre otras razones es lo que a la educación superior le permite reclutar a los mejores en su calidad de científicos de oficio.

Nuestros países latinoamericanos están muy atrás en la oficialización de patentes innovativas, lo que es uno de los índices importantes de aquello que algo imperfectamente llamamos el desarrollo. Se trata de uno de los tantos nudos que deseáramos fuera

despejado de las polémicas más amargas y agrestes que pueblan nuestro paisaje público. En parte, el equilibrio tradicional en sus humanidades y las ciencias duras que existía era

perfectamente aprovechable mediante un esfuerzo de calidad. Aquí tenemos una faz débil de nuestra cultura. Por ello es también una preocupación del Instituto.

El segundo aspecto que quisiera destacar, tiene que ver con esa relación próxima y lejana, dentro de un mismo compartimiento de la sociedad humana. Esta se despliega desde que el mundo cultural adquirió carácter autocrítico y autónomo -sin olvidar que criticar a la crítica, o contracrítica, es parte de la misma crítica-, una relación tensa y colaborativa entre la alta cultura, incluyendo por una parte, el gran arte; y por la otra, la expresión estética popular y espontánea -una de cuyas manifestaciones era el carnaval- que se expresa de mil maneras. Los grandes momentos de la historia cultural vinculan a ambas, al escuchar las expresiones colectivas traduciendo a su manera las inspiraciones de la alta cultura; y esta con libertad saber inspirarse en lo cotidiano. Cuando se distancian o ignoran, algo se evade del patrimonio cultural de la sociedad entera.

Entre tanto, se produjo la magna transformación de gran parte de la cultura popular en cultura de masas que poco tiene que ver con la estructura social. En el espíritu, el estilo del hombre-masa alcanzó no pocas veces a identificar a la misma alta cultura, ocasionalmente como objeto de estudio e inspiración, lo que está bien; otras veces como abdicación de su papel insustituible.

La tendencia de la *polis* contemporánea, en el más amplio sentido de la palabra, a ser degradada, constituye su rostro más oscuro, aunque por cierto no es solo la cultura de masas la única responsable. En particular, hemos sido víctimas de hace muchos años de su avance progresivo, que en algún momento se enseñoreó de los espacios de vida cívica. En nuestro país ha sido acompañado por el crecimiento de una marea parlanchina, a la que no encuentro otro nombre que llamarla coprolalia, que a priori me parece más intensa que en otros países hispanoamericanos.

Todo esto en nuestro mundo, no se trata necesariamente de un signo de marcha ineluctable al abismo, sino uno de los tantos desafíos que surgen y surgirán

interminablemente para los humanos, por ese mismo carácter de fuerza y precariedad que caracteriza su ser y a la sociedad en la que se desenvuelve, esta atenazada a límites infranqueables y a la vez mejorable en no pequeña medida. Es, sin embargo, una interpelación más a nosotros y a nuestro tiempo, por lo que nos tiene que embargar una honda preocupación y mesurada esperanza.

Sr. Presidente, agradecidos por su presencia, nos aprestamos a escucharlo. Sabemos que la palabra del hombre de Estado no tiene la misma perspectiva de los cultores de las ciencias y las artes, aunque idealmente cuando se las hermana -sabemos que usted no es indiferente a

esa experiencia-, se alcanzan esos momentos que iluminarán a nuestros descendientes. A ellos debieran dirigirse nuestras angustias y esperanzas, y el reconocimiento a los antecesores y antepasados.

Muchas gracias.

